

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

Día 3 de Enero

Salmo 97

Uno de los temas que más tratan los salmos es el de la alabanza. Dios merece toda la alabanza por ser él quien es, por sus obras maravillosas, por la bondad mostrada al hombre, por la salvación, por su predilección por Israel.

Esta alabanza es el fruto de una experiencia gozosa, de una alegría que produce la actuación salvadora de Dios: el salmista siente admiración, entusiasmo y gratitud por este Dios tan excelso, tan providente, y por esto brota de su corazón la más sincera alabanza. La fe en Dios lleva aneja la alabanza, y la alabanza proviene de la alegría. Los salmos, entre otras muchas otras cosas, nos enseñan también esta verdad y esta actitud de la alabanza gozosa, porque si el hombre alaba a Dios lo hace movido por un corazón admirado y agradecido, inundado de alegría por sentirse amado, salvado y protegido por su Dios.

En el Nuevo Testamento, Cristo mismo alaba al Padre en diferentes ocasiones y se admira de sus obras; su infancia viene acompañada de grandes cánticos, como el de María (Magnificat), el de Zacarías (Benedictus), y el mismo himno de los ángeles en su nacimiento de Belén: "Gloria a Dios en las alturas...". San Pablo y el Apocalipsis nos muestran abundante literatura hímnica, y todo ello nos hace ver la Biblia jalonada de una atmósfera de alabanza y de júbilo: el hombre mantiene esta relación gozosa con Dios, consciente de su grandeza y de su bondad, respondiendo con sus cantos de gratitud y admiración.

El salmo de hoy es un buen ejemplo para un ejercicio de admiración y de alabanza frente a las maravillas de Dios, que culminan en el centro de la fe cristiana, la vida y la obra de Cristo Jesús, Rey de la paz y Rey del universo.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)